

Que el dinero es una gran cosa, lo sospecharon ya los antiguos, y nada sería más fácil que llenar unas cuantas páginas con citas de filósofos y poetas que iban acreditando esta hipótesis. Hoy se tiene por un principio indemostrable de puro evidente, que el oro, la plata ó los papeles, piedras, trajes, muebles, inmuebles y demás cosas que ostentan la misma representación, son los verdaderos directores del mundo. No los llamaré reyes, porque éstos andan ya de manto caído y de corona ladeada, desde que no creen posible sostener su dominio sino sacrificando víctimas ilustres é inocentes y poniéndose en pugna con el sentimiento universal. Tampoco diré que el oro es el presidente del mundo, porque éste no merece ser republicano sino por parcelas y además, los presidentes son muy discutidos y al oro no le discute nadie, que yo sepa. Nunca hubo religión con menos herejes, teoría más generalmente aceptada ni práctica más dulce. Sus milagros superan á cuanto pudiese idear la imaginación más desenfrenada, y por si alguien lo pusiera en duda, no tiene más que fijarse en lo que ha ocurrido entre nosotros hace pocos días ó noches. Se celebró un banquete monstruo en honor del gerente de un establecimiento de crédito de los que, según el dicho vulgar, "apalean los millones", y en esta solemnidad gastronómica y financiera se abrieron unos labios que habían permanecido mudos desde hace cinco docenas y media de años, elevando á su dueño, merced á esa discreción superpitagórica, al más prestigioso concepto de seriedad y á distinciones tan altas que á su lado el pico Everest es un mísero sotabanco, lleno de pretensiones y de impotencia. Eu suma, ofreció la demostración, y no sólo con señas, sino con palabras, el propio y mismo general Roca. Los comensales no salían de su asombro y á unos se les paralizó la digestión y otros la hicieron demasiado aprisa, en presencia de aquel inexplicable prodigio. No falta quien suponga que el más silencioso de nuestros Tácticos llevaba oculto un fonógrafo de último modelo y lo hizo funcionar hábilmente ante sus admirados comensales; pero yo creo que esa interpretación maliciosa no resiste los embates de la crítica. Si el general Roca pudo hablar con soltura y con cierta fluidez, como si en toda su vida hubiera hecho otra cosa, fué sin duda porque allí se respiraba un ambiente aurífero capaz de sublimar la fantasía más recalitrante, y hasta hubiera sido capaz de improvisar décimas, como un payador, si se las hubiesen pedido. Entre el "oro" y la "oratoria", existen relaciones muy estrechas y yo mismo, que apenas conozco sino por referencias al simpático metal, y que en punto á elocuencia me limito á charlar una vez por semana, si me hubiera visto rodeado de millonarios sencillotes y modestos, que me mirasen como á colega, habría sentido preluir en mi lengua los millares de arpas y salterios de que habla la Escritura, revelándome orador original y hasta inexorable. Porque es una verdad de á puño que las grandes aglomeraciones de numerario, en forma de talegos ó de personas, no inspiran deseos impuros sino por excepción: lo más frecuente es que se los "adore" platónicamente, con un amor desinteresado, en que hay mucho de abnegación reverente y de altruismo incondicional.



Como yo anduve siempre á media correspondencia con los metales nobles, puedo echármelas—de dientes afuera nada más—de desdenoso con ellos. No he de llevar mi hipocresía hasta el punto de fingirme partidario de la pobreza, y menos para mí, pero la verdad es que nunca he podido explicarme para qué sirve una fortuna desmesurada. Todo, hasta la gordura, es bueno con tal de que no pase ciertos límites. He leído, no sé dónde, que el hombre más rico del mundo es hoy un señor Belt, propietario de minas de oro en Sudáfrica y al que se calculan 2.400 millones de capital. Le sigue un tal Robinson — no Crusoe — con 2.000 millones; en tercera fila va Rockefeller, que no tiene más que 1.500; después, algo humillados, van Astor y el príncipe Demidoff, en 1.000 millones por cabeza, y después forman su escolta un par de docenas de centimillonarios, caballeros del "quiero y no puedo" en relación á los anteriores; cursis de la gran opulencia, hablando en plata.

Casi todos esos potentados padecen gastritis incurables. Medio se alimentan de leche aguada ó de otro enjuague por el estílo, so pena de congestión fulminante; si dan banquetes,

tienen que limitarse á ver comer y beber á sus invitados; y las mujeres lindas les hacen el mismo efecto que á los niños pobres los juguetes á que no pueden aspirar. Todo eso se parece mucho al tormento de Tántalo y no puede satisfacerme.

Está, por otra parte, demostrado que nadie puede consumir útilmente en beneficio de su organismo más de 60 centavos oro por día, y eso tirando muy de perjudicial como el abarrotamiento de carbón en una máquina. Todo lo que sirve para algo es, por naturaleza, bárbarísimo, porque de otro modo se habría extinguido hace tiempo la humanidad, formada en su inmensa mayoría de pobres. Los esfuerzos de los especuladores y logreros desfiguran algo esta ley, pero no pueden abolirla. De modo que en resumen, los verdaderos patos de la boda son los llamados ricos, que tienen que pagar mil por lo que apenas vale uno y sostener una numerosa comitiva de servidores que los desuella en efigie y no los puede ver ni en pintura.

A pesar de esto, si yo fuese árbitro de fijar la cifra de mi fortuna, creo que no me conformaría con menos de cinco millones, no por avaricia, sino para tener el gusto de que el general Roca me dirigiese piropos elocuentes en público. Es un capricho inocente como otro cualquiera.

P B T.